

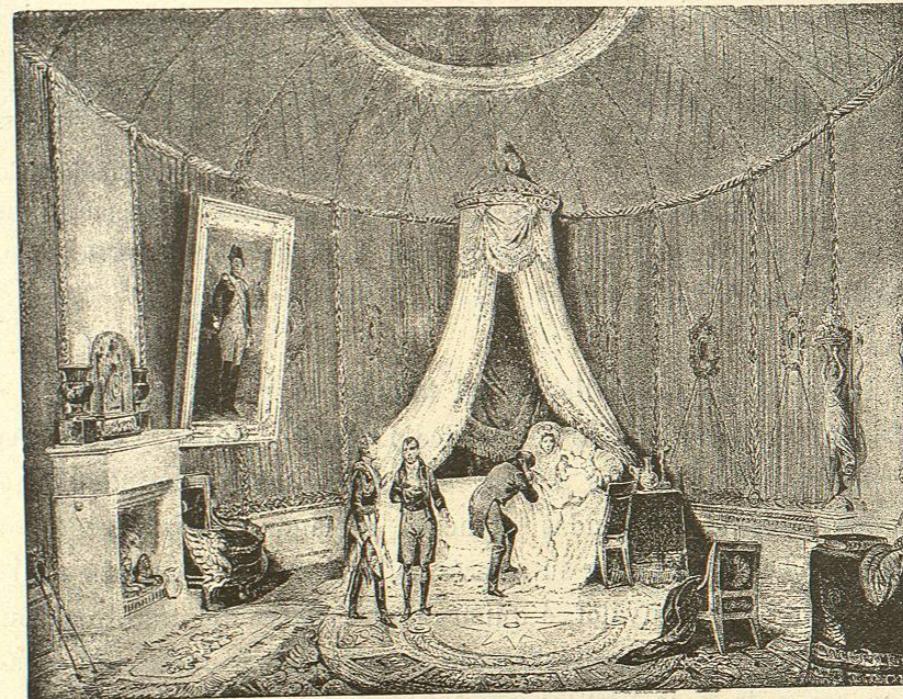
viniendo vómitos que le salvaron. «El destino ha decidido,—dijo;—preciso es vivir y ver lo que quiere de mí la providencia.»

Fijóse la partida de Napoleón para la isla de Elba en 20 de Abril. «Desde las primeras horas de la mañana acudieron en masa los habitantes de Fontainebleau y de sus cercanías, agolpándose delante de las verjas, mirando con ansiedad hacia el patio del Caballo blanco, en el que estaba formada la guardia veterana en doble línea. Los carruajes para el viaje estaban ya preparados al pie de la escalera del Herradero.» El general Bertrand, que había sucedido á Duroc en el cargo de gran mariscal de palacio, participó al Emperador que todo estaba dispuesto. «Napoleón sale de sus departamentos, y al entrar en la galería de Francisco I, encuentra reunidos en ella los últimos restos de su corte, el duque de Bassano, el general Belliard, el coronel Bussi, el coronel Anatolio de Montesquiou, el general Foulér, el barón de Mesgrigny, el coronel Gourgaud, el barón Fain, el teniente coronel Athalin, el barón de la Place, el barón Leborgne d'Ideville, el general Kosakowski, el coronel Wonsowitz. A sus lágrimas responde con la mano y la mirada, atraviesa silencioso la galería y el vestíbulo, y baja la escalera del Caballo blanco con paso seguro y rápido.» Ni una sola voz salió de las filas, el momento era demasiado solemne y la emoción de todos demasiado profunda. Todos habían pedido marchar con su general y envidiaban la suerte de sus compañeros, destinados á formar el único batallón que su jefe desterrado puede llevar consigo. Los tambores batiendo marcha interrumpen únicamente el silencio, hasta que el Emperador les hace seña de que quiere hablar:

«¡Soldados de mi vieja guardia, adiós! Durante veinte años os he visto siempre en el camino del honor y de la gloria. Tanto en estos últimos tiempos como en la época de mi prosperidad habéis sido siempre modelos de valor y de lealtad. Con hombres como vosotros nuestra causa no estaba perdida, pero la guerra debía ser muy larga; hubiera sido una guerra civil, que sólo hubiera aumentado las desdichas de Francia. Por esto he sacrificado nuestros intereses ante los de la patria. ¡Yo parto! vosotros, amigos míos, continuad sirviendo á Francia; su felicidad era mi única idea, por ella hago fervientes votos. No os aflijáis por mi suerte. Si he consentido en vivir es sólo para contribuir todavía á vuestra gloria. Quiero escribir los grandes hechos que juntos hemos realizado... ¡Adiós, hijos míos, quisiera abrazaros á todos sobre mi corazón; abrazaré á lo menos á vuestro

jefe. ¡Acercaos, general Petit, dejad que os abrace! Traedme el águila, dejádmela abrazar también. ¡Oh águila querida, ojalá resuene en la posteridad el beso que ahora te doy! ¡Adiós, hijos míos! ¡Mi pensamiento no se apartará nunca de vosotros; acordaos también de mí!...»

Al escuchar tan sentidas palabras, los mismos emisarios extranjeros, el general ruso Schouvalof, el general austriaco Koller, el coro-



Muerte de la emperatriz Joséfina, en la Malmaison. (Según el dibujo y la litografía de Tirpenne y Montheilier en la colección Hennin)

nel inglés Campbell y el general prusiano Waldburg-Truchsess, apenas podían contener su emoción. La despedida de Fontainebleau se recuerda, tanto en Francia como en el extranjero, como uno de los hechos más solemnes y más conmovedores de la historia. Véanse las palabras que el gran poeta inglés pone en boca de un soldado de Napoleón (1):

(1) Byron atribuye estas palabras á un oficial polaco al servicio de Francia. Compárense *Los dos granaderos*, de Beranger, y *Los dos granaderos*, de Enrique Heine, que la música de Schumann ha popularizado así en Francia y en Alemania.

«¿Es realmente cierto, oh padre y señor, que te van á separar de los pocos valientes que te han sido fieles? ¿Quién podrá pintarte el dolor de tus soldados?...

»Yo amo á mi esposa, mi corazón no ha olvidado á mis amigos, pero ¿qué son el amor y la amistad comparados con el cariño y la lealtad de un soldado?... Idoló de tus guerreros, aunque grande en medio de las batallas, te has hecho todavía más grande en la desgracia. Otros, como tú, han podido conquistar el mundo, pero tú eres el único que ha soportado la adversidad sin dejarse abatir. Largo tiempo he afrontado la muerte á tu lado, y envidiaba el destino de aquellos valientes que morían bendiciendo al caudillo á quien tan bien habían servido... ¡Ah! ¿por qué no me ha sido dado morir como ellos, mucho más preferible que vivir para ser testigo de este espantoso día? Cárguenme tus enemigos de cadenas, que serán para mí muy ligeras si me permiten admirar todavía al genio que nada ha podido domar.

»¡Mi general, mi rey, mi amigo, adiós! Hasta este instante no había doblado nunca mi rodilla ni había suplicado nunca á mi soberano como ahora suplico á sus enemigos. Sólo pido una gracia, la de compartir el destino del héroe, su destierro y su tumba.»

Napoleón no había llegado al término de sus penalidades. La hostilidad de las provincias del Mediodía no le permitía atravesarlas sin escolta, por lo que los aliados le hicieron acompañar por cuatro representantes de las grandes potencias. Alejandro, en quien renació la generosidad al terminar su interés político, escogió para esta comisión al general Schouvalof, á quien dijo: «¡Os confío una comisión extraordinaria y me responderéis con vuestra cabeza de un solo cable que caiga de la de Napoleón!» No era inútil esta recomendación, pues más de una vez estuvo su vida en inminente peligro.

En Valence encontró al mariscal Augereau, el cual acababa de publicar una indigna proclama á sus tropas en la cual se decía: «¡Soldados, quedáis desligados de vuestros juramentos por la abdicación de un hombre que, después de haber inmolado millones de víctimas á su cruel ambición, no ha sabido morir como soldado!» Napoleón no se había enterado aún de proclama tan odiosa como ridícula, por lo que recibió á Augereau con cariño y hasta le abrazó al despedirse; pero se cuenta que el mariscal no correspondió siquiera por cortesía á estas muestras de amistad, y ni se dignó descubrirse delante de Napoleón. A medida que el séquito imperial se acercaba á Marsella se multiplicaban las demostraciones hostiles, hasta el punto de que el Emperador

se vió obligado á ponerse un uniforme extranjero para librarse de los insultos y aun tal vez de algún acto de violencia; llegó por fin á San Rafael, en donde se embarcó para la isla de Elba á bordo de una fragata inglesa.

Josefina, que había abandonado París al acercarse los aliados, supo en el castillo de Navarra la abdicación del Emperador y el proyecto de mandarle á la isla de Elba. «¡Ah, Hortensia,—exclamó, arrojándose llorando sobre su lecho,—encierran al pobre Napoleón en la isla de Elba! Si no fuese por su mujer, yo iría á compartir su cárcel con él.» Poco tiempo había de sobrevivir á la partida del Emperador, pues murió en 29 de Mayo en brazos de su hijo Eugenio y al lado de su hija desmayada.

Ya por entonces el emperador Alejandro decía confidencialmente á Caulaincourt que «la insensata conducta de los realistas no era menos peligrosa para la paz europea que las guerras injustificadas del Imperio.»

